



Edición de Provincias.

MADRID.—Un mes, 12 rs.—Tres, 34.—Se suscribe en la Administración, calle de la Independencia, núm. 1, cuarto segundo derecha.—En provincias, en casa de nuestros correspondientes, y principales librerías.—La suscripción empezará el 1.º y 16 de cada mes.

Domingo 7 de Enero de 1866.

PROVINCIAS.—Suscribiéndose en la Administración ó pagando por letras ó sellos: tres meses, 42 rs.; seis, 78; un año 150. Por conducto de correspondiente, ó girando contra el suscriptor: tres meses 45; seis 84.—EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Seis meses, 140; un año 280.

Año III.—Núm. 517

MADRID.

DOMINGO 7 DE ENERO.

EL IMPERIO CHINO.

Uno de los rasgos distintivos del carácter de los chinos, según el abate Voisin, que ha residido largo tiempo en el Celeste Imperio, es su insaciable amor al oro. Todo lo poseen a este metal; para ellos no hay honor, ni patria, ni consideración social alguna como se opongan al logro de su inmoderada codicia. Ningun estado, ninguna situación, ninguna inteligencia ó concierto son innobles siempre que les conduzca á la fortuna.

Esa sed de oro les hace disimulados, injustos, desleales, falsos, coléricos y vengativos. Al afán por las riquezas añaden el prurito de la ostentación. Les halagan en extremo las alabanzas; y aun los de origen más modesto, cuando reciben á un extraño le tratan con sumo lujo y esplendor, todo debido á su vanidad y con el solo fin de producir gran efecto sobre su espíritu. Esta manía por la ostentación es la que hace terribles y frecuentes en la sociedad china las vicisitudes de la fortuna, y no es raro ver á sujetos cuyos padres eran mandarines y ocupaban, por consiguiente, el puesto más alto en la escala social, reducidos por razón de sus prodigiosos gastos, á mozos de carga ó á lacayos de otros señores que aun no se han arruinado.

Los señores son, además de vengativos, jugadores, y tanto les domina este vicio, que sortean á cara ó cruz en el primer portal que hallan á mano los objetos á quienes, al decir de sus labios, profesan el más acendrado cariño.

Cuando han perdido un pleito, uno de sus principales medios de venganza consiste en ahorcarse á la puerta de la casa de su adversario, en su jardín ó en sus tierras—este ingenioso medio aun no se estila por aquí—para atraer sobre él la animadversión de sus conciudadanos y la maldición del espíritu celeste en las que creen á pies juntillos.

El que ha sido causa de un suicidio semejante es por muchos años objeto de la reprobación pública y se le mira como perseguido por la venganza del cielo.

En ningún país engendra el juego más que en la China animosidades y sangrientas contiendas; por eso mismo el emperador, que suele ser buen sujeto, se muestra inexorable con las personas acusadas de homicidio á consecuencia de disputas suscitadas con ocasión del juego.

La *vía sagrada* es el camino que conduce desde Pekín á la residencia del emperador. Está construida á mas de una vara debajo de tierra y recorre una distancia de seis leguas. En toda su longitud hay dos especies de car-

riles de oro (¡ojol! ¡muchísimo ojo!) sobre los que pasan las ruedas del coche imperial, que son de finísimos diamantes, alternados con esmeraldas, turquesas, rubíes y topacios.

Las personas de la comitiva del emperador, que también suelen ser sencillitas y buenas, como lo son en la mayor parte de los Estados, incluso el nuestro, van por los dos lados del camino; pero nadie pone jamás el pié en la vía sagrada. En otro tiempo se castigaba con la pena de muerte al que infringía esta prohibición, pena que posteriormente se ha conmutado por la de detención perpétua. Cuando el emperador quiere honrar á alguno de una manera especial, le autoriza para ir á pié detrás de él por la vía sagrada. ¡Mire usted!

Las ejecuciones de los condenados á pena capital se verifican una vez al año en toda la extensión del imperio, el día señalado por un rescripto del emperador. En tal día se interrumpen los negocios, como en épocas de fiestas y el pueblo en masa (pueblo bárbaro) abandona los campos acudiendo á las ciudades con objeto de presenciar las ejecuciones. Este es un espectáculo muy apoteósico por los chinos. Cuando el emperador quiere honrar á un mandarin ó á un gran personaje que ha cometido un crimen que no denota un alma baja y envilecida, ordena que su ejecución se efectúe en un día particular; pero tratándose de personas de su familia no hace jamás esta excepción. Nos horrian estas cosas.

En el mes de Marzo de 1843 fueron condenados al suplicio de la extrangulación varios príncipes de la casa imperial por haber fumado opio, con desprecio de los edictos del soberano. En la misma época fué condenado á igual suplicio otro príncipe por haber dado muerte á su mujer y otro por haber hecho lo mismo con su sastrero. ¡Pero hombre! ¡También los chinos encimados con sus sastreros!

Las inmediaciones de Pekín son deliciosas; al Norte se ve una espaciosa llanura, bastante parecida á nuestro Campo de Guardias, en la que nada de notable recordamos haya sucedido; por la parte de Oriente poblaciones rurales casi de tan buen gusto arquitectónico en la construcción de sus edificios como nuestras preciosas villas de Torrejon de Ardoz y de Vicalvaro; mas allá, y á la parte de Mediodía, pueblos tan alegres y expansivos como nuestro inolvidable Manzanares; y en fin, en toda la extensión del imperio se hallan esparcidas magníficas ciudades, rodeadas de fuertes muros, que rivalizan sin duda con las de nuestra plaza de Pamplona.

Si nosotros perteneciéramos á la familia feliz y estuviésemos holgados de recursos haríamos ciertamente un viaje á la felicísima patria de Confucio.

Según dice EL ESPÍRITU PÚBLICO, contestando como Dios le da á entender—y por cierto no le da á entender gran cosa—á ciertas preguntas que estos días le hicimos, apropósito de Méjico y del emperador Maximiliano, declara que éste no correspondió á las esperanzas del pueblo, y hé aquí por qué se divorció de los legítimos elementos constitutivos de su autoridad.

Sea en buen hora. Pero, ¿contra quién se dirige esta acusación? Los reaccionarios eligieron al archiduque tudesco, y ellos le prepararon el camino del trono; los Labastidas y sus cómplices allanaron en París, traidores á su patria, las dificultades que se oponían á una invasión francesa en Méjico; invasión sin la cual la intencional imperialista hubiera sido irrealizable, á pesar de ser católico aquel país, y á pesar de sufrir todos los males que EL ESPÍRITU PÚBLICO pinta en el siguiente pavoroso cuadro:

«El pueblo mejicano, como civilizado por España, es católico; al verse maltratado en sus sentimientos religiosos por las impiedades de los demagogos; al verse esclavo de la anarquía, suspiró por la verdadera libertad, á libertad que se funda en el progreso del ser por el ennoblecimiento del espíritu; quiso levantar sus antiguos altares, demolidos por los herejes; quiso unidad de gobierno, y volvió á su punto de partida, es decir, á la monarquía.»

Si, pues, los Labastida y comparsa se equivocaron tan torpemente, como dice nuestro colega, esto no puede ser un cargo, ni para los herejes, de quienes donosamente nos habla, ni para los republicanos mejicanos, ni para los Estados Unidos, ni para los que en España combatimos el establecimiento en Méjico de un imperio franco-austriaco.

Prosigue nuestro espiritual cofrade:

«Si los Estados Unidos vieran á Méjico fuerte, poderoso por la paz, satisfecho con su gobierno, de seguro que no explotaría el popular descontento en pro de la doctrina de la estrella unitaria.»

Pues bien: hacer á Méjico fuerte, poderoso por la paz y satisfecho con su gobierno, ofrecieron solamente á Europa y América los fanfantes de todas condiciones y trajes que sentaron en el trono de Motezuma al hermano del emperador Francisco José. El pobre Espíritu Público divaga lastimosamente.

Pero no divaga, sino que anda por demás inexacto, cuando asegura que nadie obligó á Maximiliano á que aceptara la corona. Harto sabe el cofrade cuán violenta llegó á ser la presión que el emperador de los franceses ejerció sobre el débil ánimo de dicho príncipe, á quien, como á Wamba, casi se colocó, al ver sus largas vacilaciones, entre la espada y el trono. El cofrade, repetimos, no puede haber olvidado esto.

Otras muchas cosas por el estilo nos dice EL ESPÍRITU PÚBLICO por su propia cuenta y por cuenta de un publicista á quien califica de sesudo y cuyas opiniones cita; pero la verdad es que en la réplica-baturrillo del colega han quedado ¡maldita casualidad! sin la cate-

górica contestación que nosotros le pedimos, estas nuestras preguntas:

«Si Maximiliano no se hubiera divorciado de los legítimos elementos de gobierno que debían apoyarle, es decir, si no hubiera hablado de desamortización eclesiástica, si no hubiera puesto mano á la tarea de destruir añejos abusos y combatir tradicionales limitaciones de cierto género, si, en una palabra, se hubiera convertido desde su elevación en automático instrumento de las pasiones y de los intereses de los Labastida y comparsa, ¿serían menores la desconfianza, el recelo y la repugnancia de que en los Estados Unidos es objeto el imperio mejicano, únicamente sostenido por las bayonetas europeas? Si el emperador Maximiliano se hubiese constituido en un pasivo mandatario del cetro mejicano, ¿sería por ello menos viva la oposición de los diputados norte-americanos al imperial engendro napoleónico, ó se hubiera por eso merecido el abstenido el general Grant de publicar su amenazador manifiesto? ¿Sería, en fin, menos precaria de lo que lo es hoy la situación del archiduque de quien

Ahora bien: ó EL ESPÍRITU PÚBLICO contesta sin ambages y sin esas mil prolifas vaguedades, características de su estilo, á estas preguntas, ó damos aquí por terminada la polémica.

Una palabra para concluir. Si, como dice nuestro sublime colega, en corazones donde domina la soberbia disgusta siempre lo que no se entiende; siempre, decimos nosotros, en corazones donde domina la humildad disgustan las pretensiones pedagógicas de los que ningún título, absolutamente ninguno, tienen para creerse superiores á los demás.

Callan nees y moderados, moderados y neos callan. ¡Ay! Cuando rompan á hablar, depárenos Dios por su misericordia infinita á la menor distancia posible un buen pararrayo, que nos vendrá tan de molde como un gobierno civil á un cesante conservador.

Habla un sesudo ventero, y dice á su costilla:

Esposa, para medrar en nuestro oficio, es forzoso que haya en la casa reposo, y á ninguno incomodar. Nunca metorse á oiscar quiénes los huéspedes son; no gastar conversacion con los que vienen aquí, servir bien, decir no y sí, cobrar la mosea, y chiton.

Algunos aficionados á observaciones curiosas hicieron notar, cuando el cólera entró en el periodo de su declinación, que habían vuelto á presentarse los pájaros en los espacios etéreos, y sobre los aleros de los tejados; aparición para ellos—los observadores, no los pájaros—de tan buen agüero, como lo fué para Noé la no vuelta de la paloma al Arca la última vez que la soltó sobre los abismos.

nuestros lectores el magnífico artículo titulado: *Fisonomía del año 26*, verá que pasó con el fraile y el aristócrata en la carretera de Francia, pasó con el guardia de Corps y la maoula en el antiguo Prado.

Después la sociedad ha cambiado y los paseos también: el *Curioso parlante* ha visitado Atocha, el Retiro la Castellana y últimamente Recoletos. Allí se le ve por las tardes dirigiendo á través de sus anteojos miradas penetrantes hacia las turbas de desocupados que á su lado van pasando.

¿Cómo no ha de sorprendernos agradablemente ver á Mesonero en las calles y paseos de Madrid? Un cuadro inmenso nos presenta la villa, y el autor se nos aparece en ese mismo cuadro. Nos hace el efecto del rostro de Velazquez en el cuadro de las Meninas. ¿No se experimenta un gran placer al ver el artista junto á la obra? Pues nosotros, al tropezar con el *Curioso parlante* en la Puerta del Sol, en la Carrera de San Gerónimo, ó en el paseo de Recoletos, nos paramos junto á él, porque nos parece ver al pintor junto al cuadro, ó al músico dirigiendo su sinfonía. El autor se encarna en la obra, y esta nos ofrece la fisonomía moral de aquel. En el caso presente tenemos al autor dentro de la obra; tenemos al sujeto confundido en las múltiples y variadas manifestaciones del objeto. Per o tenemos un rato de placer cuando nos encontramos en la calle con el ilustre académico, que nos inspira la mas viva simpatía por su ingenio y por su carácter, que deducimos de su estilo.

También solemos encontrarnos á lo mejor con otro académico que pasa frecuentemente por esas calles: también tropezamos de vez en cuando con el abltón y la barba de Ferrer del Rio, partes singularísimas que forman la personalidad del distinguido autor de la *Historia de Carlos III*.

Todas las ciudades del mundo tienen su hombre gordo, y el hombre gordo de Madrid es D. Antonio Ferrer del Rio, un censo de tetras. Este literato cuenta ya algunos años de carrera y ha visto nacer á los mas distinguidos de nuestros actuales poetas. En un libro cuyo título no recordamos, nos refiere en elegante estilo los primeros pasos de Vega,

Hemos llegado á confundirnos en esto de leer y examinar periódicos.

Ya no sabemos cuáles son de la mañana, de la tarde ó de la noche.

Cuando más ocupados nos encontramos leyendo algun colega que acabamos de recibir, vemos que pertenece al anterior, ó á dos días antes.

Pasamos horas y horas sin que llegue á nuestras manos impreso alguno; y de pronto suelen venir confundidos LA DEMOCRACIA con LA REGENERACION, LA EPOCA con LA IBERIA, etc.

Uno inserta capitulos del Quijote; otro la crónica del santo del día; quien se entretiene con versitos, idilios y apólogos; quien se va á los mares circumpolares á pescar ballenas; quien, en fin, nos ofrece anchos claros, á manera de lagunas en su topográfica superficie.

Semejante variedad no deja de tener atractivos; porque como ha dicho, no sabemos quien; qué cosa hay en el mundo que carezca de filosofía?

Sentimos que algunos cofrades padezcan intermitentes y no nos visiten, porque nos privan de nuestra diversion, de nuestro suceso del día.

En el de hoy la mayor parte dejan de publicarse.

Según dice una carta de Florencia, el general Lamarmora, al reconstituir el gabinete italiano, se ha preocupado muy poco de satisfacer al centro izquierdo de la Cámara dando cabida en él á algunos de sus representantes.

El nuevo ministro de Hacienda Scialoja, es uno de los individuos más rotabiles del nuevo gabinete.

Es napolitano y nació en el año 1817. Ha ejercido en Nápoles la profesion de abogado hasta 1845. En esta época pasó á Turin, donde se dedicó á la enseñanza de la economía política.

Ha publicado algunas obras notables, entre las que se encuentran las siguientes: *Principios de Economía social: Industria y proteccion; Tratado elemental de Economía social: Introducción á la primera parte del curso de Economía y de Derecho*.

«¿Qué hay? ¿qué háy?» Esto preguntan hombres y mujeres, niños y ancianos, clérigos y seglares, neos y herejes, ricos y po-

Hantzenbusch y García Gaiterrez. Comprendiendo su la generacion que sucedió á Quintana, Martínez de la Rosa, Rivas, Burgos, Gallego y Espinosa, ha sido compañero de Vega, de Larra, de Brúñ, de Estlin y de otros que hoy ocupan los escaños de la Academia ó los bancos azules del Congreso. Ha ilustrado la crítica y ha hecho traducciones muy leídas de Cesar Cantú y Ballwer; ha compuesto dramas clásicos como *Pizarro* ó historias concienzudas como la de *Carlos III*.

A pesar de todos estos méritos, el Sr. Ferrer del Rio es un hombre extremadamente gordo, eminentemente gordo. Su gotera tiene algo de olímpica; anda muy despacio y con dificultad; la vida parece ser difícil para él; a aquella naturaleza exuberante, monumental.

Sin embargo, no tiene nada de grotesca su figura, por mas que recuerde las monstruosidades apocalípticas. En una gotera razonable, si así puede decirse, una gotera clásica; hay en aquella humanidad pesada algo de retórica. Todo el capítulo de las hiperboles parece haberse personado en este hombre, de quien puede decirse con mas razón que de Carlos V.

Pro tumulo ponas orbem, pro lacrimis maria.

D. Antonio Ferrer del Rio es una de las personas que mas se encuentran por este Madrid. Si no fuera un hombre notable, tal vez no nos hubiéramos fijado en él; si no nos admirara su talento, tal vez no nos hubiera chocado su extremada gordura, su aspecto de humano mastodonte ó de pirámide viviente.

Concluimos sin haber hecho la acostumbrada *república de la semana*. Nuestros lectores comprenderán que no es posible hacerla, porque el material, aunque abundante, es peliagudo y resbaladizo. Nos dispensarán que nos hayamos entretenido en buscarle la originalidad de los hombres notables con quienes tropezamos en las calles. Continuaremos entreteniéndonos con los inocentes y mal delineados bosquejos mentales del estado de sitio. Si nos faltan ingeniosos cursos y académicos paquitos, echaremos mano á los literatos microscópicos y á los críticos feos.

B. PÉREZ GALDÓS.

FOLLETIN.

GALERIA DE ESPAÑOLES CELEBRES.

D. Ramón Mesonero Romanos.—D. Antonio Ferrer del Rio.

Hablamos de cosas agradables. Presentémos á los ojos de nuestros lectores cuadros que puedan distraerles. Trátemoslos como si fueran niños, contándoles historias extraordinarias y cuentos de brujería. Trátemoslos como si fueran viejas, halagando sus oídos con la dulce armonía de la murmuración. ¿Pero sabríamos nosotros esas historias? La chisnografía madrileña nos suministrará materia para murmurar. Los cuentos que de niños nos contaron se nos han olvidado: la comedia que hoy entretiene las parladas lenguas de la capital no nos conviene, si queremos distraer á nuestros lectores. Es por demás lúgubre y no resuena en la *Spianata* y graciosa entonación que caracteriza las murmuraciones caseras, ó las habladurías de café. Pues metámonos á criticos y emprendamos guerra encarnizada contra las malas comedias, las novelas soporíferas y los almanagues indigestos.

¿Pero no es esta empresa superior á nuestras fuerzas? Aburriríamos á nuestros lectores con fastidiosas disertaciones de retórica mal aprendida, y él fin no lograríamos probar que hay comedias malas, novelas que producen sueño y almanagues que valen menos que los que venden los ciegos por dos cuartos.

Metámonos por tanto en el terreno de la sátira y tomémosla con algunos de esos tipos especialísimos que en esta sociedad se encuentran todos los días, y sin mas trabajo que dirigir la vista á los grupos de la Puerta del Sol ó á los paseantes de la Castellana.

Pero aunque somos excesivamente curiosos y excesivamente *parlantes*, no somos Mesonero Romanos, y bueno es que el ilustre académico, hábil pintor de la sociedad de 1825, permanezca solo en el dominio del género en que tanto brilla. Nosotros seríamos los mas ramplones de sus imitadores, y todos estos son tan felices, que emborronan en abigarrada composición los mismos cuadros que aquel escritor distinguido se ha

trazar con tan correctas líneas y tintas tan bellas.

Y apropósito de D. Ramón Mesonero Romanos, ¿cuánto nos complace el encontrarle en la calle, dirigiéndose su curiosísima mirada hacia todo lo que ofrece de notable los rincones de la villa! El se pasea tranquilamente y se detiene de vez en cuando para observar un grupo, escudriñar una tienda ó examinar una fábrica; detiénese ante lo que llama su atención, y parece tener especial complacencia en analizar los bártulos de todo tenducho ambulante, los tipos de toda procedencia, las escenas del día de parada ó de visita á Atocha; una paternal sonrisa ilumina su fisonomía, que respira bondad y agudeza. La sonrisa de la ironía no asoma á sus labios; examina mas bien como quien busca bellezas que admira que defectos que escarmentar; fija su mirada investigadora con toda la satisfacción del hombre de ingenio, que busca en tales escenas y en tales cuadros asunto apacible para alimentar su buen humor; aquella mirada es la que ilumina cuadros tan bellos como la *comedia casera*, la *visita de días* y otros.

Algo de la bondadosa y al por burlona sonrisa de Rossini hay en la fisonomía del *Curioso parlante*, fisonomía expresiva, llena de gracia y afabilidad, siempre serena, respirando siempre buen humor é ingeniosa travesura. Siempre que á azar encontramos al autor de las *Escenas matrimoniales* nos detenemos inquisitivamente para mirarle: nos sorprende su modestia, su curiosidad, y todo él nos hace recordar el inmenso deleite que hemos experimentado leyendo sus encantadoras *Escenas*.

Ese hombre de mediana estatura, de andar reposado, de rostro tranquilo que anda con las manos cruzadas atrás, deteniéndose ante los escaparates de las tiendas, ante los comercios ambulantes, ante los tipos característicos, es el mismo que en épocas mas literarias que la presente, trazaba con dextera fácil y correcta, con intención sana y gracejo inimitable las *multitudas* y embrolladas *peripetias* de las casas de huéspedes, los *lances cómicos* del concierto casero; el que pintaba con tanta maestría los *tipos hallados* y los *tipos perdidos*; es una de las glorias de nuestra li-

teratura y ha ocupado en el templo del arte un puesto que nadie ha osado disputarle nunca.

Digno rival del malogrado Figaro, fué tan buen habitista, tan buen escritor, tan buen crítico como éste: la diversidad del estilo de cada uno depende de la diversidad de sus temperamentos. Ambos han enriquecido nuestra literatura, y la crítica dramática les debe tal vez la forma que hoy tiene y la elevación de criterio que ha tomado. De estos dos hombres singularísimos, el uno tuvo un fin desastroso y conocido de todos; el otro vive aun y se le ve paseando en su querida ciudad; se le ve por todas partes, atisbando los adelantos materiales de la gran villa que él ama tanto. ¿No ha de amarla, si esta villa que le vió nacer le ha suministrado las bases de su reputación, le ha descubierta todos los recónditos secretos de su origen, le ha contado cuantas transformaciones ha sufrido desde que se llamó Mayerit, le ha dado noticia de todos sus edificios, desde el palacio de los Concejos hasta el barracón de Bellas Artes? No hay mas que abrir el bello libro titulado *El antiguo Madrid* para comprender que la ciudad de los tres Felipes y D. Ramón Mesonero Romanos son tan amigos, como pueden serlo el lienzo y el pintor, el pentagrama y el músico. Aquel distinguido madrileño no solo ha hecho un estudio profundo de la geología, digámoslo así, de su querida villa; no solo ha desentrañado el oscuro plano de su antigua configuración, ha demarcado hábilmente los progresos del caserío, de las calles, de las plazas, sino que también ha pintado sus costumbres con extraordinaria exactitud.

El ha penetrado en la taberna, en el garito, en la casa de *Tomate Roque*, y ha fijado su delicadísima observación en el extático mobiliario, en los personajes y en los diálogos, que dan vida escénica y actividad dramática á este gran teatro. El también ha estudiado las lúgubres transacciones del entuerto, los cómicos incidentes de la boda y las fastuosas fórmulas de la visita de pésame y la visita de días: ha ido á paseo los domingos tras una falange de criadas á las llanuras de Chamartín, y ha sido testigo de los lentos progresos que ha hecho el paseo en la villa del oso. Si recuerdan

